

nacional, el empeño decidido de la Junta Central de caer de nuevo sobre Madrid, cuando todo le aconsejaba que concentrase sus fuerzas para defender á Andalucía de la inminente embestida de los franceses.

Eguía, el sucesor de Cuesta, al frente de cincuenta y dos mil hombres inició el movimiento, pero al avistarse con Víctor y Sebastiani emprendió acto seguido la retirada convencido, sin duda alguna, de la ninguna solidez de sus tropas para batirse en campo raso con los veteranos franceses. Indignada la Junta dióse por sucesor al ardiente Areizaga que se había distinguido en la batalla de Alcañiz y éste salió al encuentro de los franceses, á pesar de que los dos Wellesley que á la sazón estaban en Sevilla llegaron hasta suplicar á la Junta que desistiera de empresa tan descabellada. El entusiasmo y la altivez castellana hicieron menospreciar los consejos de la inteligencia y de la prudencia, y el día 8 de Noviembre topaba nuestra caballería cerca de la Guardia con la caballería francesa que por nuestra desgracia fué batida y dispersada gracias á una hábil maniobra de Freire. Continuó nuestro avance victoriosamente y el día 11 estaba concentrado el ejército de Andalucía en Ocaña.

Los franceses estaban por su parte concentrados en Aranjuez. Mandábalos Soult que acompañaba al rey José, y á sus fuerzas habían unido las de Mortier y Sebastiani, en junto unos 34.000 hombres. La batalla se había perdido ya antes de disparar el primer tiro por la supina incapacidad que demostró Areizaga delante del enemigo, no acertando á disponer sus tropas cuyas llegó á postrar á fuerza de marchas y contramarchas, de pasar y repasar del Tajo. La batalla empezó el 19 atacando Leval á Lacy. Este rechazó no sólo el ataque con energía sino que arrolló completamente al general francés cargando sobre él al frente del regimiento de Burgos cuya bandera enarbola, causándole grandes pérdidas, hiriendo al mismo general francés y á quien cogió dos piezas de artillería. Socorridos los franceses por Mortier y sin socorro Lacy, le tocó á su vez sufrir la suerte de Leval. Lacy no había sido socorrido porque la caballería de Sebastiani se había metido por todas partes acuchillando á los nuestros que en ninguna parte opusieron resistencia, no pensando ya mas que en huir lo que hizo el primero Areizaga que no paró hasta Daimiel, dejando en manos de los franceses la mitad de su ejército.

Este gran desastre fué causa del que sufrió el duque del Parque en Alba de Tormes, pues habiendo avanzado lo mismo que el duque de Alburquerque

que subía por el Tajo para distraer las fuerzas que iban á combatir á Areizaga, no pudo como el duque, volver ileso á sus acantonamientos, pues seguido por los franceses se batió primero en Medina del Campo, regresó luego al Caspio, y al saber lo de Ocaña retrocedió á Alba de Tormes en donde le suspendió Kellermann,—28 de Noviembre,—causándole la pérdida de quince cañones, seis banderas y dos ó tres mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, quedando su ejército completamente desbandado.

Tan grandes desgracias habían, naturalmente, de hacerse sentir allí mismo de donde habían sacado su origen. Los que creen que Wellington estaba en el caso de exponerse como los duques del Parque y de Alburquerque á una derrota para apoyar la calaverada de la Junta Suprema y de Areizaga acusando nuestros desastres á Wellington por su inmovilidad. Pero éstos ignoran que el general inglés había condenado la expedición y salvado su responsabilidad. Por esto al saber todo lo ocurrido se apresuró á abandonar las orillas del Guadiana y se metió por Portugal, yendo á tomar posesiones al norte del Tajo, posesiones en donde había de estrellarse la fortuna de Francia.

Los desastres de Ocaña y de Alba de Tormes dieron razón á los que acusaban la incapacidad de la Junta Central ó de su Consejo ejecutivo presidido por La Romana, precisamente cuando la expedición de Areizaga. El consejo de Castilla que empujaba enérgicamente contra la Central á todos los enemigos de novedades, sostenía á Palafox, al hermano del héroe de Zaragoza, dominado por una ambición de mando sin freno ni límites, viniendo así á chocar con La Romana y su hermano el general Caro que tantos disgustos causó en Valencia, en donde llegó á causar la prisión y extrañamiento de Argüelles y Rico, porque los dos hermanos soñaban también con apoderarse en provecho propio del mando de la nación.

Como la Central no había hecho cosa de provecho, como las Juntas provinciales no corrían con ella bien por haberse usurpado la Junta de Sevilla sin su anuencia la suprema autoridad, y dentro y fuera de ella trabajaban los elementos liberales pidiendo la inmediata reunión de las Cortes que Palafox y el Consejo contradecían violentamente, la necesidad de una reforma y de una concentración de la autoridad pública, era indispensable. Esto dió lugar á la creación del Consejo ejecutivo y á la propaganda en favor de la Regencia por lo que el Consejo llegó á proponer al inepto cardenal de Borbón. La

Junta se defendió, declarando el día 4 de Noviembre, que se convocaría á las Cortes el día 1.º de Enero de 1810 y que éstas se reunirían el día 1.º de Marzo. Con esto se quiso dar satisfacción á los que pedían la organización de una autoridad legal y ejecutiva y á los partidarios de las reformas. Pero los acontecimientos se precipitaron y la Central fué víctima de su indecisión.

Harto se comprende que los franceses después de las victorias de Ocaña y de Alba de Tormes, habían de considerar facilísima la expedición de Andalucía, seguros de que ni Wellington se movería de sus posiciones, ni de dejar en su avance tras sí á enemigo alguno de consideración. Por esto José y Soult acosaron á Napoleon para que autorizase la expedición á Andalucía. Napoleon no podía serle contrario en principio. Lo veía tan fácil como sus generales, la presumía fructífera para todos, y comprendía el efecto que había de causar dentro y fuera de España la total ocupación de la península. ¿Pero sería tan fácil de guardar, lo que tan fácil veía conquistar? Sobre esto tenía sus dudas Napoleón, y no se atrevía á deshacer la formidable concentración de sus tropas en el centro de España que tan buenos resultados le había dado. No tenía por imposible que apenas llegadas á Málaga y Cádiz sus águilas no se vieran obligadas á remontar la Sierra Morena, por una súbita aparición de Wellington debidamente reforzado ó por una de esas milagrosas resurrecciones de algún ejército español que tanta sorpresa y espanto causaban. Pero como no se oponía tampoco á la expedición, José y Soult se dieron por autorizados y se pusieron al frente de los cuerpos de Víctor, Sebastiani y Mortier, dejando al de Reynier junto al Tajo para observar á los ingleses. El día 15 de Enero estaba el ejército expedicionario al pie de los desfiladeros de Sierra Morena, encontrando á su frente á los 25.000 dispersos de Ocaña, mandados todavía; ¿quién lo creyera? por Areizaga apostados en Almadén, Villamanrique y Despeñaperros. Alburquerque con sus fuerzas estaba en Zerain para proteger á Sevilla.

El paso de Despeñaperros y demás desfiladeros que los andaluces creían inexpugnables, fué cosa de un día. En todas partes encontraron los franceses escasisima resistencia, de modo que el día 20 de Enero pudieron considerarse dueños de Andalucía, y no metafísicamente, sino realmente, pues en Córdoba lo mismo que en Granada, no sólo entraron sin disparar un tiro sino con fiestas, con gran sorpresa del mismo José, quién vió igualmente con asombro al general Víctor dentro de Sevilla el 1.º de

Febrero de 1810, de donde salió á poco para bloquear la isla gaditana.

Todo esto era realmente estupendo, y aún los más esforzados parecían desalentados, así no es de extrañar que los prisioneros de Valencey, hostigados ó no para que lo hicieran, escribieran al emperador Napoleon,—5 de Febrero de 1810,—felicitándole por sus triunfos contra los pocos ó muchos que en Sierra Morena murieron gritando: ¡viva Fernando VII! Esto decimos, porque es injusto acusar á Fernando y á su hermano sin decir al mismo tiempo que las ciudades andaluzas se portaron como él. En Córdoba, en Granada y en Sevilla fueron recibidos los franceses no como enemigos, sino como á verdaderos amigos y protectores de España. El rey José era recibido con festejos, algazara y hasta con entusiasmo, tanto que él mismo se asombraba del recibimiento que se le hacía, acabando por hacerse la ilusión de creer asegurada su corona, por lo que decidió dar gusto á su hermano creando la guardia nacional que le había encargado organizar al principio de su reinado. Que en todo esto tuvo su parte el carácter ligero, impresionable é irreflexivo de los andaluces, como dicen cuantos españoles han escrito sobre la guerra de la Independencia, es muy seguro, pero no hay por qué negar que al ver tan fácilmente ganado lo que se creía inexpugnable y en tan completa dispersión el ejército de Andalucía, que desapareció como por ensalmo, hizo creer á muchos que era ya acabada la resistencia y principiaba la reconciliación. Este error fué, para muchos, funesto, pero debe decirse que ahora es cuando empieza á sentirse en España el partido francés del que forman parte hombres eminentísimos y decididos liberales.

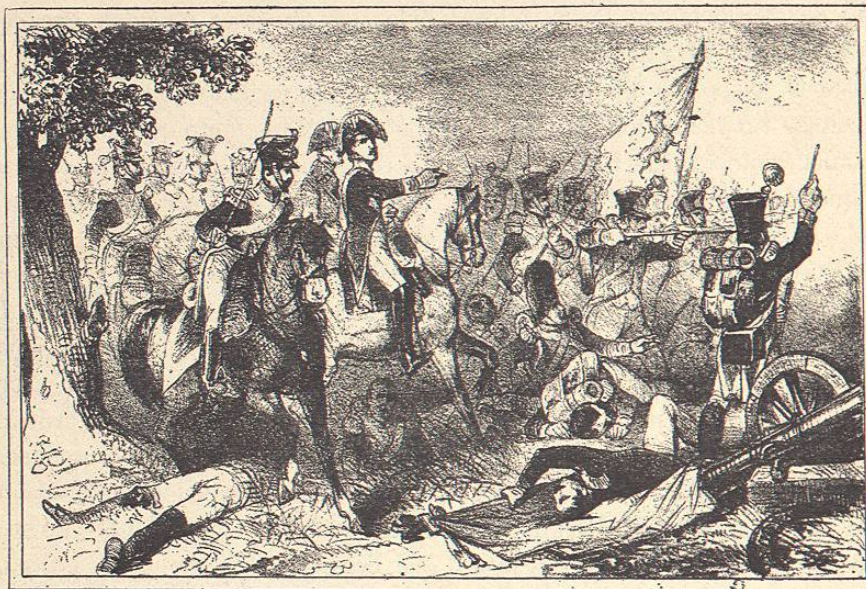
¿Qué había sido de la Junta Central?

Convencidos ó temerosos de lo que iba á suceder, fueron desfilando para Cádiz con el mayor sigilo sus miembros, abandonando los últimos de ellos á Sevilla el 24 de Enero, olvidando en sus cárceles á Palafox y al duque de Montijo á quienes habían acabado por prender á causa de su bullanguera conducta. Exaltados los sevillanos al verse abandonados, aún cuando la Junta había anunciado con antelación disfrazando su escapatoria con la necesidad de atender á todo lo relativo á la reunión de las Cortes, y movidos por los reaccionarios siempre ilusos, sacaron á Palafox y á Montijo de la cárcel y estos junto con La Romana, Eguía y otros se constituyeron en autoridad suprema nacional, autoridad que no debía durar ni siquiera una semana. Pero durante su primer reinado nombró general en jefe

del ejército de la izquierda al marqués de La Romana, que reemplazó al duque del Parque y el del centro á Blake que había abandonado á Cataluña, en donde se había estado por tan tanto tiempo combatiendo con varia suerte para reponer su salud en Málaga en donde ya se le había adelantado Sebastiani que la entregó al saqueo á causa de los atropellos que habían sufrido en ella los franceses con motivo de una insurrección popular capitaneada por el coronel Abelló, exasperado el pueblo al ver sobre su ciudad á los franceses, cosa que no habían creído nunca posible.

Blake supo en Guadix su nombramiento, y siendo su patriotismo superior á sus padecimientos se apresuró á reunir los restos dispersos de su ejército con tan buena suerte, debido empero á su energía y entusiasmo, que si la primera revista que él pasó cogía entera en el atrio de una iglesia, á los quince días tenía ya reunidos 4.000 infantes y 800 caballos.

Mientras se reorganizaban los ejércitos andaluces, la Junta Central se disolvía publicando un elocuente manifiesto, dando á conocer cuanto se había hecho contra su existencia, pero al marchar, se dejaba



Molina del. lit.

Lizaso de Perez.

Batalla de Tamames

organizado el Consejo de regencia del que formaban parte Castaños y el general de marina Escaño, con Quevedo, Saavedra y Lardizabal y organizadas y convocadas las Cortes, pero como de sus acuerdos debía dar cumplimiento al Consejo, llamado de España é Indias por haberse refundido todos los consejos en uno y este Consejo se declaró contrario á las Cortes que no creía que se debieran convocar *de no mudar mucho nuestra situación*, el Consejo de regencia supeditado ó ganado á la causa del antiguo régimen facultó al de España é Indias para «recoger de la imprenta y para quemar ó inutilizar todos los ejemplares que se estaban imprimiendo así del reglamento de las Cortes como del decreto y proclama de la Junta, cuya operación quedó ejecutada en el mismo día en que recibió la orden.» Y no fué sólo esto lo que consiguieron el reaccionario Congreso, sino que después de abolir cuanto le incomodaba respecto de las Cortes, duración de la

presidencia, etc., alteró el número de los representantes de los dominios de Ultramar, la forma de su elección llevando con ello á América la chispa que sólo faltaba para estallar el incendio revolucionario que había de recorrer en breve de la California á Chile, incendio para el que se habían ido amontonando tan grande cantidad de combustibles con la guerra de la independencia de la América del Norte y las grandes desgracias militares de España.

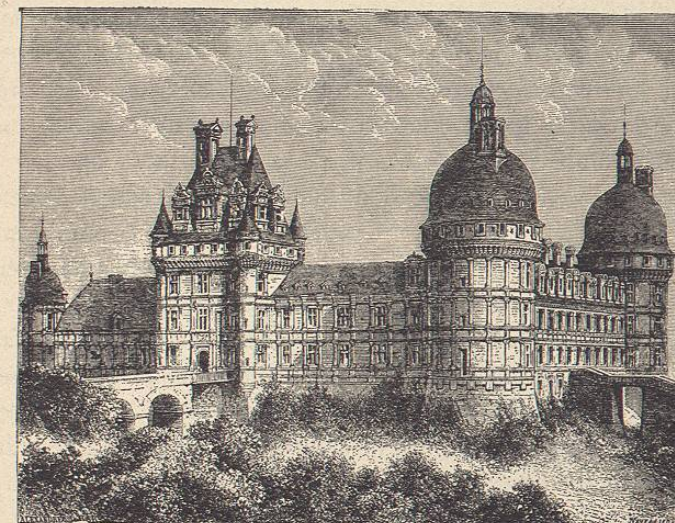
Instalóse la Regencia el día 31 de Enero de 1810 con solos los tres individuos que estaban presentes á la sazón en Cádiz, pues faltaban el obispo de Orense, Quevedo y Saavedra á fin de apaciguar el tumulto del populacho gaditano contra los de la Central que allí estaban, pues querían sus vidas los bravos que á la primera embestida de los batallones franceses de una corrida atravesaban la Mancha ó la Andalucía entera. Pero ya que esto no les fué posible quisieron quedarse con su honra, ¡con la hon-

ra de un Jovellanos! acusándoles que huían con trescientos baules llenos de plata, y la Regencia cometió la indignidad de mandar registrar sus equipajes reducidos á veinticuatro baules en los que no se encontraron más que una exígua cantidad de dinero y algunas alhajas de uso personal, como cubiertos de plata, etc. A los autores de la denuncia la Regencia se limitó á imponerles callamiento perpetuo.

El Consejo de España é Indias, empero, había logrado que se encarcelara al conde Tilly que á poco murió de pesadumbre en el castillo de Santa Catalina y al enérgico Calvo Rozas que no recobró su

libertad sino por mandato de las Cortes, pero no contento con estas víctimas consiguió que la Regencia diera orden de prender á todos los miembros de la Central que no hubiesen escapado, y como esto no pareciese aún bastante para ahogar todas las aspiraciones liberales que es de lo que se trataba, logró que la Regencia decretara la suspensión de la reunión de las Cortes para la época prefijada á pesar de haberse comprometido á ello la Regencia aplazándola para cuando el Estado de la nación lo permitiera, sin embargo, no se atrevió á suspender las elecciones ni en España ni en América.

Pero si la Regencia se portaba mal en lo político,



Castillo de Valencay

en lo militar demostró gran celo y actividad poniendo en estado de defensa á Cádiz en pocos días, con no pocos sacrificios de la fortuna pública. El duque de Alburquerque se había introducido en la plaza con sus diez mil hombres, organizáronse dos escuadras de fuerzas útiles para dominar la bahía y la costa de las que tomaron el mando Cayetano Valdés y Juan Topete, se llamaron á Cádiz de todas partes las fuerzas disponibles acudiendo en su auxilio portugueses é ingleses, de modo que cuando el rey José acompañado de Soult se presentó en el Puerto de Santa María, 16 de Febrero, se le pudo contestar que Cádiz no reconocía otro rey que Fernando VII.

Hubo, pues, de pensarse en tomar la isla de León á viva fuerza para poder llegar á Cádiz «y desde este momento, dice Lanfrey, fué todo de mal en peor. Casi al mismo tiempo se supo que las intimaciones de Suchet delante de Valencia, de Ney delante de Ciudad Rodrigo, de Mortier delante de

Badajoz no habían en modo alguno suplido la falta de artillería de sitio, y no habían tenido mejor éxito que las de Víctor delante de Cádiz. Esos mariscales habían tenido que retirarse después de esta bravata poco digna de generales serios; y esta pequeña contrariedad contribuyó y no poco á hacerles más dóciles con el rey José.

»Al mismo tiempo Napoleon daba á su hermano un golpe que le fué mil veces más doloroso. José estaba persuadido que había convertido al emperador á su modo de ver las cosas de España, á su plan favorito de conquistarla con la dulzura, cuando recibió comunicación de un decreto publicado el 8 de Febrero de 1810, que organizaba todas las provincias situadas al norte del Ebro en gobiernos militares, independientes de la autoridad real y sumisos á la voluntad de Napoleon. Los generales gobernadores de esas provincias, Suchet, Augereau, Reille, Thouvernot, estaban investidos de todos los derechos de la soberanía, incluso el de levantar empréstitos é